





des de la Iglesia el sacramento de la Penitencia, por medio del cual, debidamente recibido, recobran la salud espiritual todos y cada uno de los verdaderos penitentes, sean cuales fueren sus enfermedades; y por aquel paralítico de treinta y ocho años entienden á el pecador envejecido en la culpa. Todo á fin de darnos á conocer, que no hay pecado alguno, por grave que sea, que no pueda ser absuelto por la potestad que Jesucristo dexó depositada en su Iglesia, ni pecador, por mas obstinado y endurecido que sea, que no pueda obtener el perdón, si quiere buscar sinceramente á Dios. ¡Qué motivo de consolacion, señores! ¡qué objeto de tanta confianza para vosotros! Apoyado pues en estas ideas, que son las de la religion, no juzgo fuera de propósito manifestar la inefable misericordia de Dios para con todos los pecadores, que quieran en tiempo aprove-

charse de ella. Esta es la materia de que voy á tratar con arreglo al espíritu de nuestro evangelio. Para darle la posible claridad, probaré en primer lugar, que ningun pecador, por envejecido que sea, debe desesperar de su salud; y en segundo, manifestaré los medios de que debe usar para aprovecharse de la divina misericordia: dos breves reflexiones, dirigidas á honra y gloria de Dios, y á el bien de vuestras almas. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta esposa. Saludémosla postrados con el ángel. *AVE MARIA.*

¿Vis sanus fieri? &c.

La esperanza cristiana es una de las virtudes teologales, sin cuya noticia nadie puede salvarse. Por ella



confiamos conseguir las promesas de Jesucristo, ayudados de su divina gracia. Media entre dos escollos, que es necesario evitar con mucho cuidado. Uno el de la desesperacion ó despecho, y otro el de la presuncion ó temeridad. Los dos son igualmente viciosos y conducen á la perdicion. Los que se dexan pues arrastrar de la desesperacion, como Cain y Judas, y los que á imitacion del Fariseo se lisonjean de una falsa justicia y de una vana seguridad, pecan contra el Espíritu Santo, cuyo delito es casi moralmente irremediable. Para evitar estos dos extremos viciosos, debemos estar animados de una firme esperanza de alcanzar el perdon y las promesas del Señor, apoyados en su misericordia, y sostenidos por su gracia; pero siempre desconfiados de nosotros mismos, y temerosos de nuestra parte de no haber puesto todo lo que nós pertenece, como cooperadores

de nuestra salud, por la virtud de sus auxilios. Esta es la instruccion que nos da S. Pablo, quando dice: *amados míos, puesto que siempre fuisteis obedientes, obrad vuestra salud con temor y estremecimiento, desconfiando de vuestras propias fuerzas, y poniendo toda vuestra confianza en el poder y socorros del Señor.* Baxo estas reglas invariables anuncio á todo pecador por envejecido que sea, que si está verdaderamente arrepentido de sus delitos, tenga firme esperanza de alcanzar el perdon por la misericordia del Señor, que por efecto de su bondad lo espera, lo solicita, y lo recibirá paternalmente. Reflexionemos.

ob Aunque el hombre por el pecado mortal viene á ser á los ojos de Dios un objeto de cólera y de indignacion, tanto mas abominable, quanto mas envejecido y obstinado en el vicio; sin embargo, es tal la bondad del Señor, que aún lo espera con



mucha paciencia, con el fin de que se convierta. No hay verdad mas auténtica en las sagradas escrituras. Dios ha jurado por un profeta, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y sane. ¿Porqué, Señor, decia Habacuc, *observas á los que obran mal, y callas?* como si dixese, ¿porqué tan benigno con los pecadores? ¿no son ellos vasos de ira? ¿cómo no extiendes tu brazo para castigar á estos enemigos de tu gloria? ¿porqué no te levantas á juzgar tu causa? ¿Hasta cuándo se gloriarán los pecadores en su iniquidad y en los ídolos de sus pasiones favoritas? ¿cuándo rodarán á los pies de vuestro trono? Ah señores! El pecador merece todo esto y aun mayores castigos. Dios podia exterminarlo y arrojarlo al infierno en el momento que le ofende, sin que nadie pudiese argüirle de injusticia; pero es tanta su misericordia, que disimula los pecados

de los hombres, como dice el sabio, con el fin de atraerlos á penitencia: *dissimulas peccata hominum propter pœnitentiam.* Llegará el dia en que haga víctima de su furor á el que no se haya convertido; mas entre tanto sufre con mucha paciencia, como se explica S. Pablo, á estos vasos de ira, aptos para la muerte, y solo á propósito para el fuego eterno. Por vosotros, dice S. Pedro, obra Dios con esta paciencia; no quiere que ninguno perezca, sino que todos se conviertan á penitencia. Hija de Sion, habla el Señor por Jeremias á su pueblo, si una esposa jóven, á pesar de sus sagrados vínculos, divide con otro el amor que únicamente debe de justicia á su esposo, ¿qué hará este hombre irritado? ¿la recibirá por ventura? Convertida en furor la ternura que antes la profesaba, ofrecerá al público una de estas escenas ruidosas tan frecuentes en el mundo. ¿Obrará así



contigo tu Dios? Es verdad que lo has olvidado, vírgen insensata, dexándote profanar en los brazos de muchos amadores: vuelve no obstante conmigo, que yo te recibiré.

Después de unos oráculos tan expresos ¿en qué podeis fundar vuestra desconfianza de la divina misericordia, pecadores envejecidos? ¿Por ventura en la multitud y gravedad de vuestros crímenes? Ah! si fuesen mas en número que las arenas del mar, que sus gotas de aguas, y que los átomos que se descubren con el sol, la misericordia del Señor es infinitamente superior á toda malicia; y aun cuando por su gravedad fuesen vuestros pecados roxos como la grana, quedarán blancos como la nieve por vuestra conversión á Dios, según la expresión de Isaías. Es verdad que estais amenazados de una funesta ruina, no menos que los moradores de Nínive; pero aún hay lugar á la misericordia,

si imitais á aquellos en hacer penitencia. Por lo mismo que el Señor es paciente con nosotros, decía Judith á los habitantes de Betulia, debemos arrepentirnos, y pedir la indulgencia y remisión de nuestros pecados, bañados en lágrimas. A este fin no solo nos espera el Señor de toda bondad con paciencia, sino que nos busca y solicita con adorable ternura.

Pecó Adán, y con él todos nosotros, cómplices infelices de su crimen y de su desgracia; y movido el Señor de su bondad, lo llama y requiere, diciéndole: ¿dónde estás, Adán? Palabras enérgicas, dice el Crisóstomo, y llenas de misericordia: palabras hijas de la bondad de Dios, y que solicitan y revocan á nuestro primer padre á penitencia, como se explica S. Gregorio. ¡Ó Señor! ¿quién es el hombre, que así te acuerdas de él? ¿Qué has visto en el hombre, polvo y ceniza, según



Abraham, para usar de las palabras del Niseno, heño, según Isaiás, vanidad, según el Eclesiastés, ¿qué has visto en el hombre, para buscarle con tanta solitud, y arrojar vuestros ojos sobre él, como dice el santo Job? Un Dios cuya grandeza es infinita buscando á un vil gusano de la tierra, á un hombre pecador y miserable! ¡Un Dios criador omnipotente del cielo y de la tierra, en pos de un ingrato y pobre mendigo! ¡Un Dios santo y origen de toda santidad, buscando á un hombre pecador, rebelde é indigno de su misericordia! ¿Quién no admira, concluye este padre, la caridad de un Dios que busca y solicita la conversion del mismo que lo ha despreciado?

¿Pero qué digo, señores? ¿Habeis por ventura olvidado, que el Hijo del hombre vino al mundo á buscar y salvar lo que en él habia periculado? ¿No es este el pastor miseri-

cordioso, que dexa las noventa y nueve ovejas en los montes, y viene á buscar la que se habia descarriado? ¿No protesta tener mas gozo al encontrarla, que con todas las demas que no han sido errantes? ¿No afirma, que llevará con sumo placer sobre sus hombros á esta oveja perdida, y que será mayor el gozo del cielo á presencia de la conversion de un pecador, que el que causan los noventa y nueve justos, que no necesitan de penitencia? ¿No es este el buen Pastor, tan lleno de caridad, que dió gozoso la vida por su rebaño? ¿No es en fin aquel médico misericordioso, que no vino á curar sanos, sino enfermos? ¿Aquel Dios hombre de toda bondad y consuelo, que no vino á llamar justos, sino pecadores? ¿En qué podeis pues fundar vuestra desconfianza de ser perdonados? Si hasta ahora os espera con paciencia, si os busca con solitud, si os llama con benigni-



dad, es para recibiros con entrañas de Padre. Alentad, os ruego, vuestra esperanza en el Señor.

Los divinos oráculos, y los hechos mismos del Salvador, acreditan, ¡ó pecadores! la paternal benignidad con que está dispuesto á recibirnos. Acordaos de la parábola de aquel hijo pródigo, que habiendo disipado toda su legítima viviendo luxuriosamente, cuando se vió en tierra extraña afligido de hambre y de miseria, entró en el pensamiento de volver á casa de su padre, y arrojarse á sus pies arrepentido. ¿Y logró el perdon este hijo ingrato y escandaloso? Ah señores! no solo le recibe su buen padre, sino que habiéndole visto, aun estando lejos de su casa, movido de misericordia, se levanta, corre á su encuentro, lo estrecha entre sus brazos, y lo besa. ¿Paró en esto su afecto paternal? Aún se extiende á mucho mas su bondad. Sa-

cad al instante la primera estola, dice á sus criados, vestido con ella, poned un anillo en su mano, y calzadlo: traed ademas un ternero cebado, matadlo, y comamos; porque este hijo mio estaba muerto, y ha revivido; habia perecido, y ha sido hallado.

¿Quién es este Padre? dice Tertuliano. Es Dios, al cual nadie puede compararse, ni en razon de padre, ni en calidad de piadoso. El hijo rebelde y pródigo es el hombre pecador, que separado lejos de su Padre Dios por la culpa, ha disipado la gracia santificante y demas dones en que consistia su legítima espiritual. Mas si este mismo pecador vuelve en sí, busca al Señor, y le pide perdon arrepentido, le recibe lleno de piadoso placer, y en el sacramento de la reconciliacion lo adorna con la preciosa estola de su gracia, y lo restituye en los antiguos derechos de hijo de Dios, y



heredero de su reino. Y para que la parábola corresponda á la realidad, testifica Jesucristo en su evangelio, que la conversion de un pecador que hace penitencia se celebra con gozo en presencia de los ángeles de Dios.

Ademas, ¿no nos convida repetidas veces con su misericordia? ¿Exceptúa á alguno su bondad? Venid á mí, nos dice Jesucristo, todos los que gemís y estais oprimidos baxo el peso de vuestras iniquidades; venid á mí, yo os consolaré: recibid mi yugo, que es suave y leve, y dadme vuestro fardo: mas quiero la misericordia, que el sacrificio. No he venido á juzgar, sino á salvar. Cuántas veces, Jerusalén ingrata, que quitas la vida á los profetas, y cubres de injurias á los ministros de mi palabra, ¿cuántas veces he querido recoger á tus hijos criminales baxo las alas de la misericordia, como abriga la gallina

á sus polluelos, y no has querido? Yo os he llamado, dice á los pecadores por un profeta, y no habeis querido venir; extendí mis manos, y me habeis desatendido... ¿Qué significan todas estas expresiones, y otras muchas (que por brevedad omito), en el sentido óbvio de las escrituras, sino el amor y caridad de un Padre, que está siempre dispuesto á recibir con benignidad á sus hijos? ¿Cuál otro seria el fin de nuestro adorable Salvador al recorrer predicando tantas villas, lugares y campiñas, sino el de atraer y recibir pecadores? Aquella su fatiga y cansancio en buscar la Samaritana, su benignidad en consolar á la Magdalena, su indulgencia con la muger adúltera, su piedad con la Cananéa, ¿no prueban su sincera voluntad de recibir al pecador? ¿No manifiestan que el Hijo del Hombre, cuando descendió del seno de su Padre, no vino á juzgar, sino á salvar al mundo?



Mas entre tantos oráculos y hechos demostrativos de esta verdad, ¿ me olvido yo de la cruz del Salvador, que es el mas auténtico de todos? Considerad á esta víctima sangrienta, dice un contemplativo, mirad al Soberano de la naturaleza coronado de espinas, vestido á lo ridículo como un rey de burlas, y en sus manos una caña por cetro; acercaos al pie de la cruz en que murió por nuestra salud; mirad á este Hombre Dios moribundo, y que recoge sus últimos alientos para disculpar y rogar por sus mismos verdugos; reparad en aquel costado abierto con una lanza; en aquella cabeza inclinada ácia la tierra para bendeciros; en aquella preciosísima sangre, que corre en abundancia para purificaros; en aquella sed que padece por salvaros. ¿ Dudais de la significacion de esta augusta tragedia? ¿ Ignorais que murió por todos? ¿ Cómo arrojará de su presencia á

ninguno de sus hijos, por quienes murió este Padre misericordioso, si debidamente invocan su clemencia? He dicho *debidamente*, porque á esta expresion estan reducidos los medios de que debeis usar para aprovecharos de la divina misericordia: segunda reflexion de este discurso, que paso á manifestaros con la posible brevedad. Seguidme atentos, porque la materia es de sumo interes.

II. Cuando buscáres á Dios tu Señor, dice el Espíritu Santo, le hallarás, si le buscas de todo corazón. Estas breves y enérgicas palabras intiman al pecador su total conversion al Señor, y todos los medios conducentes á aprovecharse de su misericordia. Estos se reducen á remover los obstáculos que impiden la sincera conversion, y á seguir las inspiraciones de la gracia, con la cual lo podemos todo, segun el idioma de S. Pablo. Es verdad que el mundo y las pasiones os presen-



tan varios impedimentos que os parecen insuperables. Ni se me oculta, que uno de los principales artificios del demonio para inducir al hombre á su perdición, es hacerle mirar como imposible el perdón de una culpa, cuya indulgencia y remisión le habia representado muy fácil antes de cometerla. Mas todos estos obstáculos cesan á presencia de una sincera conversión. Ni para ella pide Dios otra cosa, que el que le busquemos de todo corazón. El que así lo executa, siguiendo la inspiración de la gracia, puede vencer todos los impedimentos, é imitar á los verdaderos penitentes, que supieron usar bien de los auxilios divinos, y aprovecharse de la misericordia de Dios. Renovad aquí vuestra atención, para oír los frívolos pretextos de los pecadores, que ellos miran como insuperables obstáculos para entablar su conversión, y obtener la salud eterna.

Vivimos, dicen unos, en un mundo corrompido, que presenta de ordinario objetos tan brillantes y halagüeños, que nos seducen á cada instante; y nuestra inclinación á seguir sus marchas y caprichos es demasiado poderosa para no dexarnos arrastrar de ella. ¡Insensatos! ¿Ignorais que dentro del gran mundo hay un mundo réprobo, cuyos usos, máximas y costumbres debeis huir y detestar, como repugnantes á la moral de Jesucristo, y al espíritu de su religión? ¿Habeis ya olvidado que renunciasteis solemnemente de este mundo y de las obras de tinieblas en el sacro bautismo? Si en pena del pecado original, que contraximos todos en Adán, nos quedó aun despues de perdonado, la inclinación al mal, como uno de sus funestos efectos, ¿no basta la gracia de Dios para triunfar de este obstáculo si seguimos sus inspiraciones? ¿Osaréis afirmar con los here-



ges, que pecáis por necesidad? ¿Ó pretendéis que á fuerza de ser frecuentes, sean canonizadas vuestras culpas? Si vuestro deseo de conversion fuese sincero, veriais lo frívolo de estos pretextos, y cuán fácil es vencer estos obstáculos, usando bien de la gracia, para buscar á Dios de todo corazon; veriais, digo, cuán fácilmente, y cuán propicio le hallabais. No es un señor cruel, un tirano de las conciencias, como los libertinos blasfeman; es un Dios de toda bondad, mas inclinado al perdón que al castigo, y cuya misericordia es sobre todas sus obras. Mas quiere abandoneis la impiedad, y las sendas torcidas que os conducen al precipicio: quiere confeseis vuestro yerro con verdadero dolor y firme resolucion de no volverle á ofender: quiere todo vuestro corazon, porque es zeloso de su honra y de su amor, y ve la imposibilidad de servir á un mismo tiempo á dos dueños,

segun se explica en su evangelio.

Si esto es así, oigo decir á algunos, ¿quién podrá salvarse en el mundo? Será necesario huir á los desiertos, ó encerrarse en la estrechez de un cláustro, rompiendo los vínculos de la sociedad, y entregándose á una vida austera y penitente, ó habremos de perecer necesariamente, segun estos principios, todas las gentes del mundo; porque la razon de estado, y nuestros enlaces con la sociedad, nos ponen en la precisa alternativa de visitas, convites, galas y modas adoptadas por la costumbre del país. Si esto se opone pues á la ley de Dios, ¿quién podrá aspirar á su conversion? Luego si no puede alternar el obsequio á Dios con el debido al mundo, es necesario separarse de él, ó perecer.

Asi se explican llenos de arrogancia ciertos racionadores importunos. Desenvolvamos este paralogismo, y separemos la luz de las tinie-



blas, para ensalzar la misericordia de Dios, que desea la conversion de todos ellos. La sociedad, señores, debe durar tanto como el mundo. Sus deberes, sus obsequios mútuos no tienen oposicion con el cristianismo, siendo razonables. Cada uno en su estado puede ser salvo, porque en la casa de Dios hay muchas mansiones, y ninguna criatura racional está positivamente excluida de su reino sino por su propia culpa; pues como dice el Señor por Oseas: tu perdicion, Israel, de ti proviene, y solo en mí tienes auxilio. No es necesario pues que huyan todos al desierto, ó que vistan un sayal tosco y grosero para salvarse, ni que rompan sus enlaces con la sociedad; pero es necesario al cristiano, segun los oráculos del Salvador, renunciar del mundo corrompido, huir de la compañía de los malos, negarse á sí mismo y á su amor propio, para tomar la cruz diariamente, y seguir

á Jesucristo por el camino de la humildad, de la paciencia en los trabajos, de la obediencia á sus leyes, del amor de Dios, y de la caridad con el próximo: es necesario para salvarse no conformarse al siglo en sus costumbres y usos profanos, en su espíritu de avaricia, de ambicion, de vanidad, de desenvoltura y soberbia de la vida: es necesario mortificar los sentidos, domar los apetitos, y hacerse violencia para adquirirse el reino del cielo, porque las pasiones de este tiempo no son dignas de la gloria que Dios nos tiene prometida. Es necesario vivir con modestia, y que todas nuestras obras, palabras, usos y costumbres se conformen al evangelio, y no sirvan de escándalo, de ruina y mal exemplo á nuestros hermanos. Es necesario en fin cortar de raíz todo lo que se opone á la honestidad; lo que sirve de estímulo á la concupiscencia, y da fomento á los demas



vicios capitales, para acreditar que somos discípulos de Jesucristo, y no semicristianos, ó semipaganos. Por estas reglas, que son el fondo de nuestra moral, y que no prescriben con el tiempo, debemos formar juicio de la alternativa de visitas, juegos, diversiones y obsequios mútuos establecidos en la sociedad, mirando siempre como criminales aquellos en que falta el decoro, la decencia y la sobriedad, ó que se oponen por otra parte al espíritu de la Iglesia, y á sus decisiones sobre la santificación de las fiestas. Bien entendeis que hablo contra los toros y comedias en los días consagrados á Dios. Todos estos obstáculos, prescindiendo por ahora de otros, los debeis y podeis vencer con la gracia de Jesucristo, como lo han executado los justos y verdaderos penitentes de todos los siglos.

Recorred por un momento los anales de la religion, y vereis á Estér,

á Mardoquéo, y otros muchos grandes príncipes y magistrados, que en el bullicio del siglo, y en el manejo de los negocios mas árdulos, supieron conservar ilesos los derechos de Dios, observar con fidelidad sus preceptos, mortificar sus pasiones, sin dexarse arrastrar de sus malas inclinaciones, ni del torrente impetuoso de los malos exemplos. Ellos fueron hijos del pecado como vosotros, expuestos á los mismos combates de la irascible y de la concupiscible, á los brillantes objetos de vanidad, que el mundo seductor les ofrecia, á los ardidés mismos, y astucias con que el demonio pretende engañar á todos. Jamas se persuadieron como los hijos del siglo, que estaban precisados á seguir sus máximas criminales; y si alguna vez cayeron como frágiles, supieron buscar á Dios con sinceridad de corazón, y aprovecharse de su misericordia.



Mas ellos, decís, no estaban ligados como nosotros á una cadena de innumerables vicios, compuesta de tantos anillos, cuantos son los pecados que nos dominan. ¡Ah! ¿serán mas fuertes vuestros grillos que los que impedían la conversion de Augustino? Tagaste vió con dolor sus desórdenes, y Cartago sus sensualidades con escándalo. Cautivo y sumergido en el abismo de esta pasión tiránica, que domina hoy no menos que en tiempo de Noé sobre la tierra, reposaba en esta paz funesta, hecho vaso de la ira de Dios. Gozoso en sus cadenas, se gloria de su esclavitud, se complace en sus delitos, y los manifiesta con ostentacion al universo, viniendo á ser por este medio esclavo, no solo del pecado, sino de la malicia de la culpa, como él mismo se explica. Ama el mal, si es posible, como mal: desea pasar por el mas corrompido de todos los hombres, y por una

especie de vanidad casi increíble, se atribuye delitos que no ha cometido, creyendo ser menos estimado, si pasaba otro por mas criminal. ¡Qué monstruo de corrupcion, señores! ¡Pero ó gracia de mi Dios! Tú sola, que de Saulo, perseguidor implacable de la Iglesia, supiste hacer un vaso de eleccion, y apóstol de las naciones, tú sola pudiste quebrar las cadenas de Augustino, disipando sus tinieblas, para que iluminase al universo con sus escritos y virtudes.

Ni olvideis, os ruego, mis amados hermanos, el exemplo de un David penitente, cuyos cánticos serán siempre monumentos eternos de la misericordia, y el consuelo de los pecadores afligidos. ¡Ó mi Dios! clamaba en la amargura de su corazon; ¡qué complicacion de culpas no cometí en dos solas acciones de mi vida! Miré sensualmente á Bersabé, ¡y de aqui qué cadena de pecados, de pensamientos, deseos, solicita-



ciones é infamias! Yo que habia perdonado dos veces á Saul, hice asesinar á mi fiel vasallo Urías. ¿Y qué consecuencia saca de esto David? La que deben sacar todos los pecadores que quieran convertirse sincéramente á Dios. Para cubrir, decia, tantas iniquidades, necesito, Señor, de tu gran misericordia.... el perdon de los grandes reos ensalza la clemencia de los grandes reyes. Vuestras bondades serán celebradas en la tierra por los electos, y en el cielo por los santos.... resultará en gloria de vuestro nombre el perdon de mi iniquidad, porque es grande.

Hé aqui, señores, el language que deben adoptar, aun los pecadores mas duros, envejidos y obstinados, que quieran aprovecharse de la misericordia de Dios, y obtener el perdon de sus delitos. La mano del Señor no está abreviada: su voluntad de salvarlos á todos es sincéra. El

Dios de David, de Paulo y de Augustino es el nuestro: sus piadosas entrañas de Padre son siempre las mismas: su infinita bondad nos espera con paciencia, nos busca con solicitud, y nos recibirá con amor. ¿Qué resta sino que nosotros sigamos las dulces inspiraciones de su gracia, confesando debidamente los pecados, detestando los vicios, dexando las ocasiones, llenos de dolor y compuncion de haber ofendido á esta infinita bondad, y con un firme propósito de no volverle á ofender, para que podais amarle de corazon? Estos son los medios de que debeis usar para aprovecharos de la misericordia del Señor, y alcanzar el perdon de vuestras culpas.

Volved pues, os ruego, volved, hijos pródigos, á la casa de vuestro Padre Dios. Aqui teneis la imágen de su Unigénito crucificado por vuestro amor. Llegad á los pies de



este Señor de clemencia, y con un vivo dolor de haberle ofendido decid: Señor mio Jesucristo &c.



SERMON  
PARA LA  
DOMINICA SEGUNDA  
DE CUARESMA,

sobre la Bienaventuranza.

*Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem... et transfiguratus est ante eos. Matth. XVII.*

SEÑORES:

La descripcion del maravilloso y resplandeciente espectáculo que nos presenta la Iglesia en el evangelio del dia, para consolarnos en nues-